

Album de "Bombos y Palos"

MUSA ROJA

Ofrecemos hoy algo de la vendimia poética de un poeta socialista ecuatoriano, don Jorge Carrera Andrade, quien ostenta la representación del Partido Socialista Ecuatoriano al Gran Congreso Internacional de Moscú, que se reunirá en el próximo mes de agosto y a quien la prensa de Guayaquil, que hemos ojeado, dedica sendos elogios con motivo de una Conferencia suya sobre la revolución rusa.

Carrera Andrade pertenece por sus ideas, a esa generación literaria de América que guarda proporción entre sus producciones y el movimiento de vanguardia de la humanidad y que se abre paso fundando una nueva escuela poética, que busca motivos sociales y tiende a la defensa de los ideales más puros dentro de la sociedad humana. Hemos visto que se le prodigan elogios a su poema "La muerte de Lenin" que de por sí se recomienda como asunto de gran valor y al presentarlo en estas cortas líneas tenemos el placer de publicar dos de sus composiciones radicales: su "Canto a Rusia" y "El Kremlin de los Zares", ambas de concepción revolucionaria y maravillosos detalles de orfebrería, que el lector sabrá apreciar con deleite.

CANTO A RUSIA

La noche de la estepa desgarrada un alarido
y en Petrogrado cae un meteoro encendido;
alarido que paren los vientres de las madres,
alarido que sudan las frentes de los padres,
grito de los harapos, sollozo del pan duro,
perro que muerde su hambre en el cubil oscuro!

Una mano, curvada cual garra de felino,
pesa sobre los hombres del viejo campesino
y le unce al arado, le hace besar la tierra.
Los ídolos de oro se declaran en guerra
contra los parias, contra los ex-hombres, los siervos,
carne de fosa anónima, festín para los cuervos!

Los dioses tienen sed. . . . En la aldea perdida,
Pan con su flauta tiene que ganarse la vida
y soportar los palos de su amo. El siglo XX
es como un campo que habla por boca del torrente
y marcha con los pies de la locomotora,
campo donde se mira cruzar hacia la aurora,
bajo el látigo de oro, un gran rebaño de hombres.

Bakunín, no te asombres
si no hay vino, ni pan, ni llama hospitalaria
que alimenten la vida fatigada del paria,
hermano de las bestias domésticas, hermano
del buey por la humildad, del asnillo cristiano. . . .
El Mundo, como el fruto de un gran árbol sonoro,
ha empezado a podrirse por el gusano de oro!

Jorge CARRERA ANDRADE.

EL KREMLIM DE LOS ZARES

El Kremlin! Vieja perla fabulosa!
Entre el silencio de los alabastros
es una viva estrella luminosa,
caída del concierto de los astros.

Campanas del Kremlin! Viejas palomas
que con alas de bronce abren las fiestas.
Vasos de mirra en que arden los aromas,
surtidor de cristal de las orquestas.

Carrozas de la turba cortesana
que acude a la velada de la Corte.
Pajes vestidos de oro, escolta ufana
de los príncipes bárbaros del Norte.

Oculto habitación donde derrama
el candelabro su encendido lloro.
Vinos que queman con oviva llama
desde la entraña de la copa de oro!

Temblor de la suntuosa colgadura,
balbuceo de amor, manos traviesas.
Espía el ojo de la cerradura
como muestran los senos sus dos fresas.

Banquete donde su licor escancia
la alegría, cordial como una lumbre.
Pecado capital de la abundancia
ante los ojos de la muchedumbre!

SUERTE DE POBRE

Continuo rumor de truenos
sentíase por el oeste sombrío y
amenazador, donde las nubes
blanquizas sobresalían de entre
los nubarrones negros. Ráfagas
de viento fresco agitaban los
árboles de la vecindad. Oscurecía
lo mismo que al hacerse la noche.

Antonio Crispi, en mangas de
camisa y de pies en la puerta
de su pequeña quinta de verduras,
contemplaba la tormenta que
iba formándose.

Pasó una jardinera tirada por
un caballo negro. Viejo colono
de aludo sombrero y un muchacho
con gorra iban en ella, inclinados
contra el asiento cual si llevaran
sobre sus espaldas el peso de la
tormenta.

Crispi los miró alejarse por la
calle desierta, bordeada por dos
hileras pintorescas de manzanilla
en flor, profusamente crecida
sobre las zanjas de desagüe.

Un cuzco ladraba con voz aflautada,
alarmado por el rumor de los
truenos, que hacían suspender su
adormecedora sinfonía a los grillos
y sapos de los alrededores. Una
gallina seguida de numerosos
polluelos abandonaba cloqueando
el cicutal del terreno, baldío de
enfrente. El molino a viento de
la casa-quinta de la esquina, al
forzarse para girar su rueda
trabada, daba sonoros chirridos.

Gotas de agua punzaron el rostro
y los brazos de Crispi. Hubiera
éste, querido quedarse en la
puerta de calle, aunque la lluvia
le hiciera sopa, como vulgarmente
decimos. En su rancho, situado
al fondo de sus cuadros de
verdura estaba su compañera
con sus hijitos. La pobre mujer
había lavado, planchado, hecho
costura durante varias horas
consecutivas, cayendo rendida
en la cama sin ánimos de realizar,
como de costumbre, su almuerzo.
Una que otra piedra de granizo
comenzó a caer. Al rato desprendíase
la granizada.

Crispi huyó a su covacha. Las
piedras, del tamaño de huevos
de gallina, en furioso chaparrón,
hacían retumbar el suelo.

Crispi, sentándose cerca a la
puerta del rancho, presenciaba

desconcertado la tormenta.

Sobre el techo de zinc del rancho,
la pedrea producía un ruido
infernado que apagaba los gritos
desesperados que daban los niños
abrazados, en la cama, a su madre,
que aun fingía serenidad, temía
por la inminencia de un posible
cataclismo que diera fin a sus
vidas.

De vez en cuando alguna piedra,
al despedazarse en el marco de
la puerta, castigaba el rostro
de Crispi, a riesgo de herirlo,
pero él permanecía insensible,
con el pensamiento puesto en sus
cuadros de verduras que el granizo
triturraba sobre la tierra blanda.

Raleó el granizo. Una lluvia
fina le iba reemplazando.

Crispi, haciendo caso omiso de
las preguntas que le hacía su
compañera, salió de su rancho.

Sus cuadros de verduras habían
desaparecido. Un fangal cubierto
a trechos por blancos montones
de granizo, del que sobresalían
algunos tallos, quedaba en su
lugar.

Sin darse cuenta que la lluvia
calaba sus ropas, marchó otra
vez a la puerta de calle, buscando
tal vez el espectáculo de un
desastre general, el inconsciente
consuelo de su desgracia.

Los árboles de los alrededores
daban el aspecto de la repentina
llegada de un trágico invierno.

Montones de piedras se veían
a lo largo de la calle a la que
convergían terrenos baldíos,
invadidos por la biznaga y el
abrojo.

Crispi, apoyándose contra la
puerta, haciendo esfuerzos para
no entregarse a la desesperación,
recordó que en el rancho, debajo
de su cama, quedaban una bolsa
de papas y otra de porotos.

—Comida para 20 días, se dijo
él, para sí.

Meditó un rato que le restaba
hacer.

No halló otra solución que cargar,
al día siguiente, la lingüera
al hombro, y salir como los
miserables que no tienen nunca
asegurado el pan, en busca de
trabajo, en busca de quien alquilara
sus brazos por una mísera paga.

Emilio Pirovano.

Zar Nicolás II, ten cuidado!
Mientras la llama del placer tremola,
contra los muros del Kremlin dorado
la Ira popular revienta en ola!

Jorge CARRERA ANDRADE.

LAS MARAVILLAS DEL SIGLO

ELIXIR TROPICAL

Antipalúdico Reconstituyente.

POMADA MERBORICTIOL

Para las enfermedades de la piel.

INYECCION RAYO

PARA LA GONORREA NO HAY NADA MEJOR
DE VENTA EN BOTICAS.